

cila al Oeste y de Arcole al Este. Augereau, que iba delante, pasó el puente del Adige; persiguió á los croatas en dirección á Arcole, con la esperanza de alcanzar esta aldea al tiempo que ellos y llegar enseguida sin dificultad á San Bonifacio. Pero Brigido se hizo fuerte en Arcole, colocando sus dos cañones á la cabeza del puente que une á esta aldea con el dique y apostando á derecha é izquierda grupos de tiradores. Así las cosas, imposible pasar el puente. Los franceses, avanzando por el estrecho dique en larga fila, presentaban inmensos flancos, en los que causaba baja toda bala enemiga. Los generales que se ponían á la cabeza de la columna, caían los unos después de los otros como heridos por el rayo. En vano Augereau, empuñando una bandera, se lanza bajo una lluvia de balas en medio del puente; los soldados no le siguen. Enterado Bonaparte de estas dificultades, corre al sitio del peligro, ordena de nuevo el ataque, y como los soldados no le obedeciesen, se arroja al puente con una bandera en la mano, seguido de su estado mayor. A sus pies cae su ayudante Muiron; otros tres oficiales son heridos, y cuando los austriacos atacaron á su vez, retrocedieron todos en tumulto. Arrastrado por los fugitivos, Bonaparte fué precipitado del dique al pantano, á cincuenta pasos de los austriacos, de donde Marmont y Luis Bonaparte consiguieron sacarle y llevarle á Ronco. A Ronco también fueron las tropas á pernoctar.

El plan de Bonaparte había fracasado; mas no se desalentó por eso su autor. Antes bien, firme en sus trece, determinó no abandonar el campo, costase lo que costase, hasta apoderarse de Arcole. Allwintzy tomó resolución parecida, la de empezar en seguida un combate atacando de frente á su adversario. ¡Quién había de prever que la resolución del general austriaco iba á devolver á los republicanos la victoria que empezaba á abandonarles! Estaba visto que, sobre aquellas estrechas calzadas, la defensa tenía que ser siempre más fuerte que el ataque. Por esto, cuando los austriacos se lanzaron el diez y seis contra los franceses en Ronco, sufrieron la misma desgracia que ellos habían causado la víspera á sus enemigos. Torpes anduvieron éstos en perseguirles, experimentando de nuevo, en el funesto puente de Arcole, un sangriento fracaso. El combate duró todo el día, con un consumo enorme de energías y de hombres. Por la noche, la situación de los beligerantes era exactamente la misma que al comienzo de la jornada; pero había variado notablemente el ánimo de las tropas y de sus jefes. En los regimientos franceses, avezados á la guerra, el ardor belicoso se había reanimado con la prolongación del combate; en los bisoños reclutas croatas, notábase depresión de las fuerzas morales y físicas. El mismo Allwintzy estaba preocupado, sin noticias de Davinowitsch y temiendo que le fuese cortada la retirada; al paso que Bonaparte no tenía más que un pensamiento: batirse y triunfar.

Durante la jornada del diez y seis, Augereau observó varias veces á Bonaparte, que nada conseguirían mientras no marchasen contra Arcole por las dos riberas del Alcona á

la vez. A este efecto, se consiguió construir durante la noche un puente, y desde el amanecer del diez y siete, todas las fuerzas disponibles se desplegaron por ambas márgenes para un doble ataque contra Arcole. Los austriacos opusieron tenaz resistencia; pero, poco á poco, los franceses fueron ganando terreno en la margen izquierda y acercándose á la aldea; su confianza, á pesar de las terribles pérdidas, iba creciendo, mientras que los croatas, amenazados por los flancos, comenzaban á desfallecer. Hacia las tres de la tarde, Bonaparte se resuelve á dar el golpe decisivo. Ordena á Massena dirigir todas sus fuerzas contra Arcole; á Augereau, sostener enérgicamente el último ataque; á un teniente, llamado Hércule, abrirse paso con veinticinco caballeros y todos los trompetas de la división, describiendo una vasta curva alrededor del enemigo, y luego presentarse de repente á espaldas de éste, haciendo el mayor ruido posible. El ardid surtió efecto. Los austriacos que defendían el puente de Arcole, al oír de pronto á sus espaldas el ensordecedor ruido de las trompetas de Hércule, supusieron que el enemigo había entrado en Arcole, y se apresuraron á abandonar el campo, dejando libre el puente á Augereau. Los franceses lograron, al cabo, penetrar en aquella aldea, que había tenido paradas tres días sus armas victoriosas. Aunque tarde, se lanzaron en persecución de los vencidos, y cerca ya de San Bonifacio, les salió al encuentro el propio Allwintzy. El choque fué terrible. Los perseguidores se pararon, inciertos de sus pasos por la oscuridad de la noche; los austriacos, poseídos de pánico, retrocedieron, empujándose los unos á los otros, arrastrando en la fuga al general, á pesar de los ruegos y maldiciones de éste, y se desbandaron, arrojaron las armas y se dejaron prender sin resistencia. Allwintzy no tuvo más remedio que ordenar la retirada, quedando Mantua por tercera vez sin ser libertada. Tal fué de empeñada y sangrienta la batalla de Arcole, que duró tres días, del quince al diez y siete de Noviembre.

La culpa de esta derrota corresponde á Davidowitsch, que no atacó á Vaubois en Rivoli hasta el diez y siete. Rechazó y causó numerosas bajas al enemigo, pero su victoria no pudo cambiar el curso de la campaña, cuya suerte se había decidido en Arcole. A la noticia de este suceso, Allwintzy se reanimó y regresó á Caldiero, con la esperanza de pasar el Adige si Davidowitsch se le unía. Podía esperar sentado. Inmediatamente después de tomada Arcole, Bonaparte se dirigió á marchas forzadas, con las tropas de Augereau y la mayor parte de las de Massena, contra Davidowitsch, el cual no tuvo más remedio que retirarse en el Tirol, perdiendo en el camino cerca de dos mil hombres. También Allwintzy, desvanecida su última esperanza, se retiró detrás del Brenta, para descansar y restaurar la disciplina. No tenían menos necesidad de reposo y de asistencia los franceses, la mayoría de cuyos generales y oficiales estaban heridos y los soldados, aunque orgullosos, extenuados. El general Beaupoil escribió al ministro Delacroix: «El ejército ha hecho prodigios; pero podemos decir con Pirro, que con otra victoria como ésta nos quedamos sin

ejército». Este mismo discurso se hizo el testarudo Thugut para concluir en que no debía darse por vencido, con ser ésta la cuarta derrota. ¡Había sido tan reñida la batalla de Arcole! ¡Había estado por tan poco en que no hubiesen vencido los suyos! ¿Cómo renunciar á probar de nuevo fortuna? No le fué difícil traer á este discurso el perezoso entendimiento del emperador, y de común acuerdo determinaron apurar todos los recursos para enviar á Allwintzy los refuerzos necesarios é instarle á reanudar las hostilidades lo más pronto posible.

Durante estas operaciones, cuyo resultado aumentó la fama siempre creciente del ejército de Italia y de su jefe, se hicieron tentativas para entablar negociaciones. Todos deseaban la paz: el Directorio, cuyas esperanzas en la campaña de Alemania habían sido defraudadas y temía que no se sostuviese hasta el fin la fortuna del ejército de Italia; Pitt, previendo que el pueblo inglés llegaría á cansarse de dar dinero para la guerra; Austria, cuyos campos iban quedando despoblados con las continuas levadas para alimentar tantos ejércitos. El Directorio dispuso benévola acogida á un emisario inglés, de elevada categoría, Malmesbury, y envió á Italia á uno de los personajes que dirigían bajo Carnot la administración de la guerra, el general Clarke, con encargo de estudiar los sentimientos de los pueblos italianos y de proponer luego al Austria un armisticio en el Rin y en Italia. Los directores pensaban ofrecer al emperador la elección entre estas proposiciones: la restitución del Milanesado, con territorios en Alemania; los dominios del Papa al Norte de los Apeninos, repartiendo el resto de los Estados del Papa entre los príncipes italianos; la Baviera y otras tierras en Alemania á expensas de los príncipes eclesiásticos, adjudicándose parte á Prusia y enviando al elector de Baviera á Italia para reinar sobre los romanos. Ni con Inglaterra ni con el Austria se hallaron términos de avenencia. La proposición del gabinete británico, que el diez y siete de Diciembre comunicó Malmesbury al ministro francés, Delacroix, era que Inglaterra restituiría todas las colonias conquistadas, si Francia devolvía Bélgica y Milán. Delacroix contestó que, siendo Bélgica parte integrante del territorio nacional, solamente las Asambleas Primarias podían, según la Constitución, resolver sobre el caso; y como Malmesbury insistiese en lo de Bélgica, se le invitó á salir de París en el plazo de cuarenta y ocho horas. En Italia, Bonaparte dispuso á Clarke benévola acogida; pero escribió al Directorio que juzgaba funesta la tregua antes de la rendición de Mantua, porque Austria no se resignaría á ningún sacrificio importante, ni se podría evitar que durante el armisticio se abasteciese de todo lo necesario á la plaza sitiada; en tanto que, después de tomada Mantua, se podría amenazar al Papa en Roma y al emperador en Viena, y conseguir una paz gloriosa. Esto no obstante, Bonaparte escribió á Allwintzy pidiéndole pasaportes para Clarke, al objeto de ir á negociar el armisticio en Viena. En el despacho Clarke metió una carta, en la que anunciaba al emperador que se hallaba autorizado para discutir también los preliminares de un pro-

yecto de paz. Pero Thugut pensaba de manera semejante que Napoleón. Acababa de proporcionar refuerzos, de infundir ánimo á Allwintzy para volver al ataque, y pensaba que, si éste era desgraciado, no empeoraría la situación de Austria; si feliz, el emperador podría imponer condiciones. Contestó á Clarke lamentándose de no poder recibirle en Viena, por no haber reconocido aún la República francesa; pero que podía entenderse, respecto á lo militar, en Vicencia, con el coronel imperial Vincent; tocante á lo diplomático, en Turín, con el embajador imperial Gherardini. Las negociaciones carecieron de interés y no condujeron á ningún resultado. Bonaparte se regocijó, é insistió en que se le enviasen refuerzos, pidiendo, además de los diez mil hombres de la Vendée, que se le habían prometido, veinte mil del ejército del Rin, con los que, una vez Mantua tomada, podría invadir el Austria. Mas, antes, tenía que habérselas de nuevo con Allwintzy.

Las comunicaciones que desde Mantua enviaba Wurmser á su gobierno eran cada día más dolorosas y apremiantes. A tales extremos había llegado la miseria, que, en un mes, hubo dos mil trescientos fallecidos, y que á éstos reemplazó al punto en los hospitales un número mayor de enfermos. Los sanos, enflaquecidos por el hambre y las guardias, eran incapaces de batirse. «Esta lucha mortal, decía Wurmser, podrá prolongarse quizás hasta mediados de Enero; á lo sumo, hasta primeros de Febrero. En vista de estas comunicaciones, el gobierno apremiaba sin cesar al general Allwintzy á que repitiese la tentativa para libertar á sus desgraciados compañeros. Allwintzy temía y vacilaba. El nueve de Diciembre, participó que había cuatro pies de nieve en las pendientes del Montebaldo, y que todos sus generales consideraban la empresa como imposible. Tres días después, escribía de nuevo. «Me permito confesar que tengo en este momento pocas esperanzas de poder satisfacer los augustos deseos de V. M.; me fundo para ello, parte en las observaciones que me han hecho todos los generales, parte en mi propia convicción». Prometía, no obstante, hacer todo lo humanamente posible. Formó un nuevo plan de ataque, conforme al que, el golpe principal, que antes se había intentado hacia el Este, lo darían ahora veintiséis mil hombres, que, á las órdenes del mismo Allwintzy, bajarían del Tirol por el camino del Brenner, al tiempo que Bayalitsch, con seis mil hombres, se adelantaría desde Frioul hacia Verona para detener la división Massena, y que Provera pasaría el Adige por Legnano, en dirección á Mantua, para unirse á Wurmser. Si esto último se lograba, Provera y Wurmser reunirían unos veinte mil hombres, á los que se sumarían seis mil soldados pontificios, que Colli había reorganizado por orden de Thugut y de acuerdo con el Papa. A la noticia de que las columnas austriacas se movían, Bonaparte, que se hallaba en Bolonia activando la formación de la República cispadana y observando los movimientos de las tropas papales, encomendó á cuatro mil italianos y mil franceses el cuidado de vigilar á los soldados pontificios, y regresó, con la rapidez de costumbre, al teatro de los grandes acontecimientos. Contando el cuerpo que bloqueaba á Mantua, sus